

COBRA NUEVA VIGENCIA LA CEPAL

David Ibarra
5 de febrero de 2009
El Universal

La Comisión Económica para América Latina nace al término de la Segunda Guerra Mundial. En su pensamiento influye la doble corriente cultural dominante en la época. Se toma con desconfianza la libertad irrestricta de los mercados y se ve esperanzadoramente a la intervención programática del Estado. En ese caldo de cultivo, surgen planteamientos convergentes de pensadores encabezados por Keynes para dar forma al nuevo orden económico internacional, romper los cánones del patrón-oro, abrir paso al objetivo central del empleo en el Primer Mundo y del desarrollo en la periferia.

Prebisch y la CEPAL se alimentan en esas fuentes heterodoxas -diríamos hoy- de pensamiento, examinan su relevancia a los casos latinoamericanos y depuran la crítica a la vieja ortodoxia económica. El clima cultural de la posguerra es favorable a los enormes cambios en la visión de la política económica plasmados en los acuerdos de Bretton Woods. Se cancela la deflación empobrecedora como vía única de corregir sus desajustes de pagos externos de las naciones.

El mérito de la CEPAL consistió en haber renovado ideas y prácticas de las políticas públicas para aplicarlas innovativamente al desarrollo latinoamericano, buscando mejorar la suerte de las poblaciones y los países ubicados en su jurisdicción. El punto de partida fue la constatación de que la estructura del comercio exterior representaba un punto de estrangulamiento a las economías latinoamericanas. Pronto se le ligó a la especialización en la venta de materias primas de baja elasticidad-ingreso de la demanda y de bajo contenido tecnológico, como una de las trabas nodales al desarrollo.

De ahí que la CEPAL tomase partido en favor de la sustitución de importaciones en una doble dimensión. De un lado, como medio de encauzar el crecimiento hacia formas más complejas de producción con incorporación de mayores componentes tecnológicos. Del otro, como intento de modificar paulatinamente, la división internacional del trabajo que condenaba a los países periféricos la producción de materias primas.

Hasta aquí se dio plena correspondencia con el paradigma keynesiano dominante en el mundo. Los estados al garantizar el empleo y el crecimiento, disponían de autonomía económica considerable, incluidas las facultades de alzar barreras al comercio y a los flujos internacionales de capitales. Sin embargo, dadas la pobreza, el atraso y las imperfecciones de los mercados internos, el papel de los gobiernos no podía desempeñarse sin prelación precisas. En respuesta, la CEPAL creó el Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social y prestó asesoría técnica a los gobiernos en la elaboración de sus programas nacionales. Esos esfuerzos se suman al clima internacional benigno de la posguerra y al activismo de los gobiernos para explicar el intenso crecimiento latinoamericano, sin paralelo histórico, en el periodo 1950-1973.

A partir de los años sesenta, el pensamiento cepalino sigue dos vertientes : de un lado, se subraya el imperativo de distribuir para crecer, incluso para ensanchar el margen de la sustitución de importaciones. Por otra parte, se percibe que las estrategias sustitutivas, enfrenta el escollo casi insalvable de la pequeñez de los mercados latinoamericanos. Por consiguiente, mano a mano con los gobiernos se impulsan los programas de integración regional.

Contrariamente a la leyenda negra con que se ha querido revestir a la CEPAL -atribuyéndole un sesgo indiscriminado a favor del proteccionismo-, desde la década de los sesenta endereza críticas tanto a la falta de equidad de los arreglos del comercio internacional, como a las estrategias estereotipadas de sustitución de importaciones. En cuanto a lo primero, se arrancan preferencias

unilaterales a los países industrializados y se crea la UNCTAD. En la otra vertiente, se aportaron tesis en favor de políticas comerciales y de industrialización enderezadas a la exportación de productos manufacturados, como vía de atender el estrangulamiento externo y acrecentar la competitividad de los países latinoamericanos.

La década de los setenta marca el periodo de transición entre el orden económico internacional de Bretton Woods y el de la globalización neoliberal. El disparador fue abandono del compromiso norteamericano de sostener el precio del oro como anclaje monetario.

Durante los años ochenta, en circunstancias profundamente depresivas, los países latinoamericanos enfrentan escasez de financiamiento, sobre-endeudamiento externo y presiones políticas en favor de la instrumentación de la reforma neoliberal. Los gobiernos exhaustos, abrazan paradigmas que llevan a la reducción drástica del intervencionismo estatal, la privatización de las empresas públicas, la desregulación, la apertura de los mercados y la construcción del Estado neoliberal de derecho.

El nuevo orden económico internacional trastoca el clima cultural y político en que la CEPAL había hecho sus mejores contribuciones. El paso del proteccionismo al libre cambio de los países, junto con la pérdida de autonomía estatal frente al exterior, determinan un cierto alejamiento de los gobiernos respecto a la CEPAL y su aproximación a la escuela de Chicago.

La renuncia de los estados latinoamericanos al uso del arsenal de políticas keynesianas -hoy en boga- redujeron sensiblemente su capacidad de intervenir en favor del desarrollo o la equidad, centrando sus esfuerzos en la estabilización de precios. La crisis de la década de los ochenta no se limita al crecimiento, afecta seriamente a la capacidad de los gobiernos para impulsar políticas sociales. Frente a esas circunstancias, el pensamiento de la CEPAL

retoma los temas distributivos dentro de un planteamiento integrado que hermana crecimiento con la búsqueda de la equidad.

Mas adelante la CEPAL evalúa a fondo el signo de las reformas neoliberales en el proceso de desarrollo e identifica sus avances y debilidades. La conclusión general llevó a cuestionar el aserto de que esas reformas conducirían a crecimiento económico más intenso y a mayor bienestar ciudadano.

La tarea de reconstrucción de tesis y las prácticas desarrollistas dentro de los linderos estrechos del neoliberalismo no encontraba salidas cuando sobreviene la actual crisis financiera universal. Con titubeos, sobre todo ideológicos, el Primer Mundo comienza a configurar reformas sustantivas al canon neoliberal que podrían desembocar en un nuevo paradigma económico.

No es posible anticipar la hondura ni la duración de la crisis. Sin duda, América Latina enfrentará estancamiento, desocupación y pobreza en ascenso. Reaparecerán los problemas de la balanza de pagos, ahora complicados por la falta del crédito externo. Del lado positivo, quizás, se avecinan reglas más armónicas de convivencia entre Estado y mercado, entre libertades individuales y derechos colectivos, entre eficiencia utilitaria y moralidad social. En ese mundo, la CEPAL aparte de identificar soluciones a la crisis, tendrá oportunidad en asociación estrecha con los gobiernos de configurar propuestas desarrollistas innovadoras.